

vas comentadas teniendo bastante aceptación por parte de diversos sectores del público asistente, quienes brindaron a la intervención el mayor aplauso de la semana. Sentimos no poder ofrecer nuestra opinión sobre las cintas almerienses, dado que nos ha sido imposible verlas hasta la fecha, aunque, según uno de los realizadores de Equipo 2, la primera es un filme testimonio de la aldea de Topares, perteneciente al término municipal de Vélez Blanco, denunciando una serie de deficiencias en los servicios mínimos que necesita todo núcleo urbano. En cuanto a «Buenos días Portugal», sólo reflejaremos las palabras textuales del mencionado interlocutor: «Si volviera a hacerla, lo haría de diferente manera».

LA MUESTRA PARALELA

A la vista de las películas pasadas en la MUESTRA, de una tónica meramente experimental y esteticista —como norma general—, los realizadores asistentes, en un número de veinte, se reunieron con los organizadores al margen de las sesiones, visionando películas, y llevando a cabo coloquios de un nivel más elevado, rayando la temática del contenido, de las cuales salió el llamado «Manifiesto del Cine Alternativo».

Como conclusión, final a nuestra reseña, diremos que a pesar de todo lo expuesto, se puede decir que la Muestra representó un éxito, dado que la asistencia a la misma fue numerosa, y que la participación así como las conclusiones, fueron importantes. Almería se ha encontrado con algo relacionado con la cinematografía muy diferente de los «western spaghetti», que se realizaron por estas tierras cuando, ingenuamente alguien pensó en la posibilidad de hacer en ellas el «Hollywood español». ¡Los asistentes pudieron comprobar que existe una inquietud por renovar y cambiar las estructuras que rigen caciquilmente la cinematografía en España, y que a pesar de las trabas interpuestas, no cunde el desánimo entre muchos realizadores de este tipo de cine. La idea de continuar organizando este tipo de muestras por toda la geografía española, si no cae en saco roto, indudablemente será un factor positivo para dar nuevos bríos a los que tienen esperanza.

M. GOMEZ CARDENA

LA MEMORIA Y EL MAR

El balcón está abierto al campo de Sevilla. Al caer la tarde iba entrando por él, penetrante, el aroma del jazmín y de la dama de noche. Siendo niño, veía desde aquí casas blancas, olivos extendidos: el hondo y sereno paisaje de El Aljarafe.

De esto hace ya bastantes años. En las horas de forzosa inactividad a que uno era condenado a causa del calor del mediodía («la hora de la siesta», aunque nada se durmiera) leí por primera vez a Alberti, en

RAFAEL ALBERTI LA ARBOLEDA PERDIDA MEMORIAS



SILX BARRAL

aquellas ediciones de bolsillo, de tapas amarillas, de la Editorial Losada. Recuerdo perfectamente la primera impresión que me dejó su lectura; Alberti era la gracia gaditana, junto con una plateada elegancia latina. Cuando un día, años después, me llevaron en un viejísimo Chevrolet hasta las playas de Cádiz, pude darme cuenta hasta qué punto me era familiar aquella salada transparencia, gracias a sus poemas.

Hoy me encuentro sentado en el mismo balcón —ha pasado más de una década— desde el que se ven sólo los chalets de una urbanización para veraneantes. Unas cortas vacaciones, una amable invitación a pasar en esta casa algunos días, han hecho posible que lea ahora, no sin

cierta melancolía, la reciente edición española de «La arboleda perdida» (1), libro de memorias del gran escritor, en el mismo lugar donde, siendo casi un niño, lo conocí por vez primera. Cuento esta anécdota para que el lector vea qué difícil resulta a un andaluz hablar de esta obra, donde el poeta evoca tan bellamente su tierra nativa. Su carácter mítico se acrecienta, además, por haber sido prohibida su circulación, durante tantos años, en España (existía una edición argentina). Y se trata, en fin, por decirlo de algún modo, de uno de los textos canónicos de la Generación del 27.

En este libro se nos habla, naturalmente, de nombres, de hechos, que fueron decisivos en la historia literaria —y no sólo en la literaria— de Europa y América. Pero no se crea que su mayor valor —con ser innegable— es el documental. Quizá la lectura más sugerente que ofrezca «La arboleda perdida» sea la de un espléndido poema en prosa, de tema similar a un libro de versos del mismo autor, «Retornos de lo vivo lejano». Ahora bien, ¿por qué la evocación del tiempo mítico de la infancia es más gozosa en «La arboleda», más intensa, triste y elegiaca en «Retornos»? Sencillamente, por una razón cronológica. Cuando Alberti escribe «Retornos de lo vivo lejano» habían transcurrido ya diez años desde que publicara la primera edición de «La arboleda». Diez años más de destierro, ahora no ya sufridos en Europa, como al principio, sino en América. Lo vivo —la infancia, la luz de El Puerto— se va haciendo doblemente lejano; en el espacio y en el tiempo. El poeta necesita evocar el pasado aún más dolorosamente, más intensamente, si cabe, por miedo al desarraigo que pudiera originar el largo exilio.

Rafael Alberti es, de alguna manera, un poeta inclasificable. Hasta el punto de que la crítica ha señalado como su característica más definitoria una sorprendente versatili-

(1) Rafael ALBERTI, *La arboleda perdida*. Libros I y II de Memorias, Seix Barral, Barcelona, 1975.

lad; poeta neopopular, gongorino, cívico... Pero quizá, si nos atenemos a la tajante clasificación que hiciera Auden de los habitantes del Parnaso en arcádicos y utópicos, Alberti estaría más cerca del primer grupo que del segundo. "La arboleda perdida", autobiografía lírica, elegía andaluza.

No puede decirse lo mismo de "Memorabilia" (2), del levantino Juan Gil-Albert, un gran poeta y escritor de la Generación del 27 (a la que pertenece por afinidades, formación y amistades, aunque, por la edad, se encuentre más cerca de la Generación del 36). El tiempo que ha recobrado este autor para nosotros en sus memorias es un tiempo comunitario, no empañado por la nostalgia y que, gracias al arte, nos es dado hoy, ahora, como un tiempo presente, por el que podemos transitar dialogando socráticamente con Albert. Testigo excepcional de algunos de los sucesos más sobresalientes de nuestra historia contemporánea, Gil-Albert nos habla del nacimiento de "Hora de España" (revista de la que fue secretario), del Congreso Internacional de Escritores Antifascistas... Con unas breves anotaciones, sumamente penetrantes, nos ilumina aspectos de la poesía de Cernuda y Alberti, o de la pintura de Ramón Gaya, mejor que la mayoría de los extensos estudios monográficos consagrados a estos temas. ¿Y qué decir de sus evocaciones magistrales de Azaña, Antonio Machado, Octavio Paz, André Bretón, Malraux...? No sigo. La relación de nombres ilustres —muchos de ellos convivieron con Albert en su misma casa, en Valencia, cuando esta ciudad se convirtió, a la caída de Madrid, en la capital de la República— sería tan larga como para ocupar un espacio similar al de este breve artículo. Dueño de un increíble poder plástico, evocativo (Miró, Azorín), de un arte exquisito (Wilde), entreverado con una poderosa fuerza de reflexión poética, Albert consigue devolvernos vivo parte de nuestro pasado.

Otro libro que nos habla también de experiencias comunitarias es "Años de penitencia" (3), de Carlos Barral (Barcelona, 1928). Aunque en él se nos desvelen algunas claves de la poesía de Barral —que por su

(2) Juan GIL-ALBERT, *Memorabilia*, Tusquets Editor, Barcelona, 1975.

(3) Carlos BARRAL, *Años de Penitencia*, Alianza Editorial, Madrid, 1975.

Carlos Barral

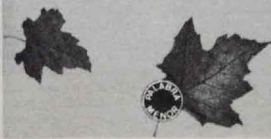
Años de penitencia

Alianza Editorial

hermetismo y su enorme belleza sensual puede recordarnos a la de Emilio Prados, pese a que su elaboración intelectual sea muy diferente— el libro no se centra en el yo poético del autor. O, por mejor decirlo, hay una escisión entre el yo común —un muchacho de la alta burguesía barcelonesa, predestinado a continuar el negocio familiar— y el yo poético y, por tanto, revolucionario. Dos enemigos irreconciliables, que se odian cordialmente, y que Barral ha tenido la valentía de encerrar en el mismo saco. El resultado es verdaderamente excitante. No creo que desde el 39 se haya publicado en España un libro de tal lucidez, de tan agudo sentido crítico,

Diario del artista seriamente enfermo.

Jaime Gil de Biedma



de tan desesperada ironía. No hay que ser adivino para afirmar que, ya desde ahora, "Años de penitencia" se ha convertido en un texto indispensable para quien desee saber algo de cómo fueron las cosas en este país entre los años 1939 y 1950.

El último libro al que quiero referirme en estas notas se titula "Diario del artista seriamente enfermo" (4). Su autor, Jaime Gil de Biedma (nacido en Barcelona, 1929) es un buen conocedor de la poesía francesa e inglesa. En unas palabras introductorias a su primer poemario se definía a sí mismo como «un escritor lento». Su obra publicada resulta, en efecto, escasa, pero absolutamente ejemplar. El ha escrito que la poesía, en buena parte, consiste en

aprender a pensar
en renglones contados.

¿Y cómo no ha de ser un escritor lento quien escribe una poesía meditativa, gestada en la propia experiencia, y servida luego en un cuidadoso lenguaje? Antonio Machado, Luis Cernuda (tan alejados ambos de la retórica tradicional) fueron, quizá, sus primeros modelos. Sus últimos poemas publicados en revistas muestran que se halla en posesión de una técnica depuradísima, de un difícil dominio del lenguaje coloquial, que nos recuerdan a Auden, al Eliot más realista.

"Diario del artista seriamente enfermo" a pesar de ser un libro escrito a saltos, a pesar de su lenguaje desenfadado, nos recuerda bastante el "Historial de un libro", de Luis Cernuda. Porque se trata más que de unas memorias en el sentido tradicional del término, de una autobiografía poética. O, al menos, de un primer esbozo de la autobiografía poética de quien es, posiblemente, un gran poeta.

Cuatro escritores han visto publicadas sus memorias en España en los últimos meses. Todos ellos pertenecen al área cultural mediterránea. Y el mar está presente, en mayor o menor grado, en la obra de los cuatro. Hasta ahora ha sido un tópico indicar la penuria de nuestra literatura memorialística. Así pues, algo está cambiando radicalmente en Sansueña. Aunque existan quienes prefieran no enterarse.

Fernando ORTIZ

(4) Jaime GIL DE BIEDMA, *Diario del artista seriamente enfermo*, Editorial Lumen, Barcelona, 1974.